Pasado y Memoria
ISSN: 2386-4745
Núm. 26, 2023, pp. 7-31
https://doi.org/10.14198/pasado.23988 *Dossier monográfico*

¿Opinión pública en el carlismo? La prensa de don Carlos durante la Primera Guerra

Public opinion in Carlism? Don Carlos' partisan press during the First War

Pedro Rújula
Universidad de Zaragoza, España
rujula@unizar.es
https://orcid.org/0000-0002-4385-2639

Recibido: 26/11/2022
Aceptado: 11/01/2023

Cómo citar este artículo: RÚJULA, Pedro (2023). ¿Opinión pública en el carlismo? La prensa de don Carlos durante la Primera Guerra. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (26), pp.7-31, https://doi.org/10.14198/pasado.23988

Resumen

En el estudio del carlismo se han confundido con demasiada frecuencia los principios que defendía este movimiento contrarrevolucionario con las técnicas empleadas para conseguir el triunfo de sus ideas. Esta confusión ha llevado a desentenderse de los aspectos más ligados a la comunicación y, en particular, a los esfuerzos realizados desde el primer momento por controlar la opinión pública, especialmente en el ámbito territorial donde llevaban a cabo sus acciones militares, donde reclutaban a sus soldados y extraían sus contribuciones y donde precisaban de la obediencia de los habitantes. El presente artículo estudia las estrategias de comunicación utilizadas por el carlismo en la primera guerra para construir un estado de opinión favorable apoyándose en la prensa. Para ello se analizan cuatro dimensiones de la prensa carlista. En primer lugar, su condición de prensa oficial expresión de una estructura política. En segundo lugar, el tratamiento de la información en sus páginas. En tercer lugar, la importancia que adquiere como instrumento de combate en el campo de la opinión política. Y, finalmente, la labor de fondo orientada a modelar una visión del mundo en coherencia con

©2023 Pedro Rújula

Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

los valores del altar y el trono. El estudio de estas diversas facetas permite una revalorización del papel desempeñado por la prensa en el campo del infante Don Carlos.

Palabras clave: Carlismo, Contrarrevolución, Opinión pública, Historia de la prensa, Historia de la imprenta.

Abstract

In the study of Carlism, the principles held by this counter-revolutionary movement have too often been confused with the techniques used to achieve the triumph of their ideas. This confusion has led scholars to neglect the aspects most closely linked to communication and, in particular, to the efforts made from the outset with a view to controlling public opinion, especially in the territory where they carried out military actions, recruited soldiers, extracted contributions and required the inhabitants' obedience. This paper studies the communication strategies used by Carlists in the first war to build a favourable state of opinion by relying on the press. To this end, four aspects of the Carlist press are analysed. Firstly, its status as an official press which is the expression of a political structure. Secondly, the way in which information is handled in its pages. Thirdly, its importance as a combat weapon in the field of political opinion. And, finally, underlying work aimed at modelling a world view in tune with the values of throne and altar. The study of these different aspects allows for a re-evaluation of the role played by the press among Infante Don Carlos, partisans.

Keywords: Carlism, Counter-revolution, Public opinion, History of the press, History of printing.

Financiación: Este artículo ha sido realizado en el marco del proyecto «La dimensión popular de la política en la Europa Meridional y la América Latina, 1789-1898» (PID2019-105071GB-100), Ministerio de Ciencia e Innovación (España). Agradezco especialmente a José Ramón Urquijo la ayuda prestada para la documentación de estas páginas.

La escasez de ejemplares conservados de los primeros tiempos de la prensa carlista ha hecho que el estudio de esta época del periodismo contrarrevolucionario haya tenido siempre algo de impreciso, misterioso, casi mítico. Ya Buenaventura de Córdoba, el primer biógrafo de Cabrera, decía en 1844, apenas cuatro años después de finalizada la guerra, que no había sido capaz de encontrar una colección completa del boletín publicado en el Maestrazgo porque la prohibición del gobierno y las penas impuestas a quienes lo poseían habían sido tan eficaces que casi habían conseguido acabar con todos los ejemplares de esta publicación carlista (Córdoba, 1844: 273).

Dos décadas después, en 1864, el *Boletín bibliográfico español* de Dionisio Hidalgo mostraba su interés por los periódicos y otro tipo de papeles salidos de la imprenta carlista. Pese a la cercanía en el tiempo, era consciente de las

dificultades para acometer su estudio porque los ejemplares «se han hecho excesivamente raros, ya por las dificultades que impedían su circulación, ya por haber perecido en las llamas la mayor parte de tales impresos, unas veces por temor, fundado, por cierto, de los que recibían algunos de ellos, y otros por el cuidado que ponían las autoridades en hacerlos desaparecer cuando los encontraban en los equipajes de prisioneros» (Bovér, 1864: 115-120). Era precisamente eso, su rareza, lo que los convertía en objeto de interés por parte de los bibliógrafos españoles y extranjeros. El artículo ofrecía una detallada tipología de impresos carlistas –papel sellado, bulas, calendarios, guías de forasteros, manifiestos, proclamas, bandos, libros, opúsculos y pasaportes– y, entre ellos, los periódicos. Consideraba que salían de una imprenta itinerante que acompañaba al ejército carlista en sus desplazamientos, lo que hacía difícil que las tiradas fueran regulares y numerosas. A partir de números sueltos, a veces ejemplares únicos de alguna de las cabeceras, identificaba el título de diversas publicaciones salidas en el Norte o en Cataluña y ofrecía datos dispersos sobre la periodicidad, el formato, el número de páginas o el nombre de alguno de los periodistas conocidos. Poco más se decía, y no todo con acierto, quedando mayor precisión fuera de las pretensiones del autor del artículo.

Otro de los biógrafos de Cabrera, el conde Flavio, a comienzos de los años 70 del XIX, insistía en la persecución del gobierno como causante de la desaparición de los ejemplares del boletín de Cantavieja, tanto por haberse prohibido su circulación como por las órdenes de destruir los ejemplares que conseguían franquear los límites del territorio rebelde. De este modo, –decía– «hoy apenas se encuentran algunos números […], ni siquiera existe esta en la Biblioteca Nacional de Madrid, donde nosotros la hemos buscado con la más exquisita diligencia» (Flavio, 1870: 358)[1].

Medio siglo después, cuando se ocupó del tema el periodista y bibliógrafo valenciano José Navarro Cabanes, los resultados no fueron mucho mejores. A pesar de su pericia profesional y del esfuerzo desplegado por reunir todas las informaciones a su alcance, acerca de este período de la prensa carlista solo consiguió un puñado de datos dispersos plagados de errores, imprecisiones y generalidades. En su conocida obra *Apuntes bibliográficos de la prensa carlista* intentó formar un inventario de las primeras cabeceras de la órbita política del pretendiente (Navarro Cabanes, 1917). Como no había conseguido ver los periódicos realizó su trabajo valiéndose casi en exclusiva

1. Tampoco en la Hemeroteca Municipal de Madrid se conservan series de prensa carlista (Martínez Martín, 2018).

de fuentes indirectas, ya fuera extractando informaciones de artículos de la prensa liberal madrileña que polemizaban con ellos, anotando referencias bibliográficas rastreadas con paciencia benedictina en las obras de Antonio Pirala, Francisco de Paula Madrazo o del conde de Flavio, o recogiendo noticias orales de quienes decían haberlos leído. El resultado es francamente decepcionante. Cronologías erróneas, periodicidades desconocidas, datos equivocados y mal interpretados… Nada verdaderamente sorprendente si tenemos en cuenta que el propio autor declaraba que de algunas publicaciones «apenas si actualmente se encuentran algunos ejemplares», como consecuencia de la persecución y destrucción sistemática a la que el gobierno los había sometido (Navarro Cabanes, 1917).

Navarro Cabanes fue enmendado posteriormente por casi todos los estudiosos del tema, pero tiene el mérito de haber establecido la base sobre la que fueron completadas o corregidas las escasas informaciones que había sido capaz de reunir. Es el caso de Melchor Ferrer que hacía notar en su *Historia del Tradicionalismo español* que el bibliógrafo valenciano confundía diversas cabeceras creyéndolas la misma e ignoraba otras. No obstante, tampoco terminaba de resolver la cuestión (Ferrer, Tejera y Acedo, 1946: 43-44). En una línea muy similar, pero con más rigor metodológico y mejor conocimiento de las fuentes, aunque con los mismos escasos resultados, se encuentra José María Azcona. Este criticaba la confusión de los datos de Cabanes atribuyéndola a que no había visto más que algún número suelto de los periódicos y se ofrecía, en lo que estaba en su mano, a desentrañar lo que consideraba una «intrincada madeja». Sus aportaciones, sin embargo, se limitan a la imprenta carlista en el Norte y casi en exclusiva a la primera época (Azcona, 1946: 313-325). Tampoco ayudaba mucho a completar el mapa general de las publicaciones carlistas el historiador de la prensa Pedro Gómez Aparicio, cuya obra contiene informaciones vacilantes, ausencias notables y claros errores de fechas y nombres (Gómez Aparicio, 1967: 202-203).

Algo mejor informado estaba Jaime del Burgo en su valiosa y siempre útil *Bibliografía del carlismo* (Burgo, 1978: 124, 411, 546 y 842). En ella separó cada cabecera de periódico en una entrada del repertorio bibliográfico, tratando de poner en claro lo que se conocía hasta ese momento sobre cada una de ellas. Buen conocedor de las fuentes carlistas, aportaba su experiencia directa dando cuenta de ejemplares que había manejado personalmente, lo que le permitió acotar mejor las informaciones sin mezclarlas ni confundirlas en exceso. Por su parte, María Cruz Seoane, en su *Historia del periodismo en España*, apenas presta atención a la prensa carlista considerando que el

carlismo, por ideología, despreciaba a la prensa y que apenas se había desarrollado en su campo porque sus bases políticas eran campesinas y analfabetas (Seoane, 1983: 139)[2].

Solo a comienzos de los años 80 del siglo pasado los estudios sobre prensa carlista comenzaron a cambiar gracias, sobre todo, al trabajo de historiadores especialistas en el período, muchos de ellos dedicados específicamente al estudio de la primera guerra carlista. Este es el caso de José María Mundet (1980), Javier Fernández Sebastián (1990: 241-242), José Ramón Urquijo (1983: 319-320)[3], Juan José Madariaga y José Ángel Tamayo (1981: 641-670), Alfonso Bullón de Mendoza (1991)[4], y de alguno de nuestros trabajos (Rújula, 1997; 2000; 2013a; 2013b). Sus aproximaciones fueron cubriendo la superficie, intentando, sobre todo, reconstruir las cabeceras por territorios y períodos. El avance no ha sido fácil por la siempre lenta aparición de ejemplares y colecciones, pero, poco a poco, el panorama ha mejorando sustancialmente lo que permite formular nuevas preguntas sobre el espacio político del carlismo en la primera guerra y sobre la utilización de la prensa que hicieron los legitimistas a lo largo del conflicto[5]. En realidad, la prensa carlista no ha llamado mucho la atención como herramienta de comunicación. Posiblemente pensando que se encontraba muy alejada de aquella otra liberal que, paralelamente, avanzaba en la construcción de una esfera pública moderna. Por eso, tal vez sea un buen momento para cambiar esta situación y abordar la cuestión de la opinión pública en el campo carlista durante la primera guerra civil desde la perspectiva de la prensa. ¿Qué relación tuvo el carlismo con la opinión pública? ¿Aspiró a definir un discurso político propio? ¿Qué papel jugó la prensa en este contexto? ¿De qué técnicas y estrategias hizo uso? ¿Cuáles fueron sus ámbitos de acción y sus públicos predilectos?

2. Los numerosos errores y ausencias que se detectan en las pocas líneas dedicadas a la prensa de don Carlos en la primera guerra es otra muestra más del escaso interés que ha despertado. El capítulo dedicado a «La prensa carlista» por Clemente (1992: 598-605), contiene datos de acarreo escasamente contrastados.
3. Sobre la prensa carlista en el País Vasco y Navarra véase también Madariaga Orbea y Tamayo Errazquin (1979).
4. Para el tema de la prensa, Bullón de Mendoza y San Gil (2004).
5. El Centro de Documentación del Museo del Carlismo del Museo del Carlismo de Estella ha creado entre sus guías de fuentes para el estudio del carlismo una muy útil dedicada a la prensa carlista digitalizada consultable en: http://www.navarra.es/NR/rdonlyres/7D31D4CC-7370-4C43-966A-80E112FC8FBA/466696/PRENSACs6.pdf. Véanse las últimas contribuciones sobre prensa carlista recogidas en Rubio y Talavera (2007: 112-116).

Tres ámbitos periodísticos

Durante la primera guerra, la prensa carlista se desarrolló en tres ámbitos geográficos bien diferenciados. Se trataba de espacios bajo control rebelde y suficientemente estables como para conseguir imprimir los periódicos con cierta regularidad, disponer de un ámbito natural para la circulación de los ejemplares y perseguir en este espacio objetivos de índole comunicativa. El primer territorio en el que apareció prensa carlista fue el frente Norte, cuando el pretendiente aún no había llegado a suelo español y Zumalacárregui lideraba las acciones insurreccionales con eje en los valles del noroeste navarro[6]. Allí se imprimió el *Boletín del Ejército del Rey Dn Carlos 5.ª en Navarra* cuyo primer número vio la luz en enero de 1834 y se mantuvo hasta el verano de 1836. Dependía de la rebelde Junta de Navarra, carecía de periodicidad fija y constaba de una hoja impresa por una sola cara. Con la llegada del infante don Carlos y los avances en el proceso de institucionalización del carlismo apareció la *Gaceta Oficial,* en septiembre de 1835, impresa de manera estable en Oñate y dirigida por Miguel Sanz Lafuente. Esta publicación continuó a partir de octubre de 1837 con el nombre de *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*. En su etapa final, desde octubre de 1838, convivirá con otra publicación titulada *Boletín del Cuartel Real*[7]. Ambas finalizarían su andadura en los últimos días de agosto de 1839 coincidiendo con la firma del Convenio de Vergara y el final de la guerra en el frente norte.

En el caso del Maestrazgo, la primera imprenta se había instalado en los Puertos de Beceite, pero solo a utilizarse para estampar periódicos hasta que Cabrera se decidió a cambiar el sistema de partidas por una estrategia de control territorial estableciendo su cuartel general en Cantavieja. El primer número del *Boletín del Real Ejército del Reyno de Aragón* apareció el 20 de agosto de 1836 y su publicación llegaría hasta el final de la guerra en 1840. Su nombre cambiaría con frecuencia, pues se publicó también como *Boletín del Real Ejército de Aragón, Boletín del Ejército Real de los Reynos de Aragón, Boletín del Ejército Real de los Reynos Unidos [de] Aragón, Valencia y Murcia* y *Boletín del Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia.* Seguramente por eso se le conocía como el «Boletín de Cantavieja», que resultaba una forma más sencilla y directa de nombrarlo. En abril de 1839 comenzó a imprimirse en Mirambel, dependiendo de la Junta, un periódico con el título de *El Libertador de Aragón, Valencia y Murcia* que pretendía sustituir al anterior, pero solo tres días después intervino

6. El artículo de referencia sobre el tema es el de Urquijo (1983).
7. Reproducido el ejemplar de 31 de agosto de 1839 en Esparza (1941: 99) y citados ejemplares por Urquijo (1983: 321).

Cabrera y, por orden suya, adoptaría un título muy similar al anterior, *Boletín de Aragón, Valencia y Murcia* con el que llegaría hasta el final del conflicto. En la última etapa volvió a imprimirse en Morella[8].

En cuanto al territorio carlista de Cataluña, el primero de los periódicos que vio la luz, en enero de 1837, fue *El joven Observador*. Nacía por iniciativa de la Junta Superior Gubernativa del Principado de Cataluña y seguiría a esta en sus diferentes sedes por Borredà, Solsona o Berga. En septiembre de ese mismo año cambió su título por el de *El Restaurador Catalán*, un cambio que pretendía reflejar la inminencia del triunfo legitimista en la guerra en el momento en que las tropas carlistas, con el pretendiente a la cabeza, se encontraban a las puertas de Madrid (Mundet, 1980: 19-20). Es el periódico que más alargó su publicación en este primer conflicto civil con números fechados a finales de junio de 1840, cuando Cabrera estaba a punto de cruzar la frontera camino de Francia.

Además de estas cabeceras de prensa con voluntad de continuidad en el tiempo, las imprentas carlistas dieron a luz otro tipo de periódicos de naturaleza coyuntural que cumplían una función informativa y propagandística concreta. Es el caso de los boletines vinculados a las expediciones militares, como el *Ejército Real. División espedicionaria* (sic) *sobre las castillas,* vinculado a la expedición de Zaratiegui[9], o el *Boletín del Real Ejército Expedicionario,* salido de las prensas del Maestrazgo durante el avance de las Expedición Real por aquellas tierras en 1837 (Bullón y Pardo, 2004: 269)[10]. A ellos habría que sumar la enorme cantidad de números extraordinarios que fueron impresos, no siempre con noticias de relevancia, pero que ofrecían al lector la impresión de portar noticias que no podían esperar. También hubo hojas volanderas, como *La cabra facciosa,* de la que ya hablaba, por boca de Pirala, Navarro Cabanes[11].

Prensa oficial

No dudaba José María Azcona en clasificar la prensa carlista en su bibliografía sobre Zumalacárregui dentro de la voz «Periódicos oficiales» (Azcona, 1946: 313). Y es que tanto por su origen como por su función los periódicos carlistas se acomodaban bastante bien a las características de este tipo de prensa. Por su origen, porque tras todos ellos, asumiendo el papel de editor, había una instancia política carlista, ya fuera el pretendiente –la *Gaceta* aparecía «bajo

8. Sobre la prensa en el Maestrazgo véase Rújula (2013.ª).
9. El boletín n.º 1 ha sido reproducido por Bullón y Pardo (2004: 266).
10. El pie de la ilustración está equivocado.
11. Transcribe un número en Navarro Cabanes (1917: 21-22). Reproducen otro Bullón y Pardo (2004: 269).

los auspicios del Rey»–, las juntas –la Junta de Navarra, la Junta Superior Gubernativa de Principado de Cataluña o la Junta Superior de Aragón–, o las autoridades que detentaban el poder político en cada uno de los territorios –Ramón Cabrera como autoridad militar superior en el Maestrazgo–. Y por su función, porque el primer objetivo de la prensa carlista durante la primera guerra fue responder a las necesidades propias de un periódico oficial. Del mismo modo que la monarquía española había valorado históricamente la importancia de disponer de una «gaceta» –y recientemente de unos «boletines» provinciales– que sirviera de vehículo oficial a las disposiciones de gobierno y como instrumento para la construcción de una determinada imagen del poder, los carlistas se esforzaron en disponer de órganos de prensa oficial tan pronto como les fue posible. Las gacetas eran publicaciones periódicas caracterizadas, como ha señalado Elisabel Larriba, por su monotonía y uniformidad, incluso cierta pobreza literaria, pero que cumplían bien la función de comunicar de manera sobria las informaciones oficiales (Larriba, 2020: 628; 2021). Por su parte los boletines provinciales, se inspiraban en el mismo principio, pero al servicio de autoridades de un rango político-administrativo inferior. Los carlistas aspiraban también a conseguir con estas publicaciones un efecto de emulación. Si la monarquía isabelina contaba con periódicos que mostraban a través del papel impreso las distintas facetas de su poder, los carlistas necesitaban desesperadamente mostrar al mundo y a sus partidarios que estaban a la altura de sus antagonistas a los cuales discutían su legitimidad para gobernar y disputaban su autoridad en el campo de batalla.

Todos los periódicos carlistas publicados, con independencia del territorio en el que aparecieran, poseen una sección oficial. Entre los objetivos que se propuso desde el origen la *Gaceta Oficial* estaba publicar las «noticias oficiales». Por su parte, Ramón Cabrera, al poner en marcha su periódico en el Maestrazgo ordenaba «se publique un Boletín que contenga las Órdenes, así Reales, como de su Comandancia General y Gobierno»[12]. Así mismo, uno de los primeros números de *El Joven Observador* que acababa de aparecer en Cataluña hacía gala de este carácter oficial publicando que el periódico había sido aprobado por don Carlos, quien había manifestado su interés por recibirlo regularmente (Mundet, 1980: 20). También las imprentas de las que salían –Imprenta Real, Imprenta del Gobierno, Imprenta del Gobierno Real, Imprenta del Ejército Real, Imprenta de la Real Junta– tenían carácter oficial.

La sección oficial es remedo de la que presentaba con el mismo título la *Gaceta de Madrid*. Basta realizar una sencilla comparación entre estas

12. *Boletín del Real Ejército del Reyno de Aragón*, n.º 1, 20 de agosto de 1836.

publicaciones para identificar con claridad el modelo. En esta sección se da cuenta del estado de salud del pretendiente y del resto de su familia, tanto de los miembros residentes en España como de los que se hallaban en el extranjero. Además, se reproducen reales órdenes, decretos, alocuciones, bandos, proclamas, nombramientos, partes de acciones militares, documentos e informaciones procedentes de otros núcleos carlistas, etc. Todo ello servía para dar peso institucional al periódico. Sin embargo, no se trata de una publicación sistemática de las disposiciones legales emanadas del campo carlista, sino que su interés estaba, principalmente, en ofrecer una voz institucional y difundirla a través de la prensa partidaria.

La voluntad de operar como prensa oficial se transmite también por la obligación que tenían las autoridades de los territorios bajo control carlista, tanto las civiles como las eclesiásticas, de suscribirse al boletín. Con ello se conseguía un doble efecto. De un lado que las disposiciones oficiales de las autoridades llegaban a los responsables de hacerlas cumplir. De otro, convertirse en una red básica de información oficial que dibujaba el territorio carlista y daba cuerpo institucional a un espacio de guerra escasamente definido y con un bajo nivel de institucionalización[13].

No obstante, hubo distintos niveles en el carácter oficial de esta prensa. Los redactores, y el propio gobierno de don Carlos, no olvidaron nunca que los escritos salidos de las prensas del cuartel real del pretendiente eran expresión política del rey y que debían ser muy cuidadosos con el sentido de las expresiones oficiales que ponían en circulación. Lejos de allí, en los focos rebeldes del Maestrazgo o Cataluña, la presión sobre los contenidos fue menor y esto se reflejó en un tratamiento de la información mucho más abierta, frecuentemente más polémica y directa, adaptada al perfil del público y a las expectativas de los lectores más cercanos.

La prensa carlista circuló fundamentalmente en el ámbito de los territorios rebeldes. Fue allí donde tuvo verdadera presencia y dejó sentir su influencia. Llegó a contemplarse la posibilidad de que los periódicos carlistas circularan más allá de las fronteras del área bajo control carlista. El obispo Abarca decía de la *Gaceta oficial* que «si se diseminan bien y esparcen por toda la Península ejemplares, al mismo tiempo que se satisfarán los deseos indicados, puede adelantar mucho la causa del Rey N. S.»[14] El propio periódico imaginaba un futuro en el que defender los derechos de don Carlos más allá del territorio insurreccional: «Tiempo vendrá en que generalizada la gaceta por toda la

13. Sobre suscripciones véase Urquijo (1984: 326-333) y Rújula (2013a).
14. A. R. A. H., 9/6730, carta de 12 de noviembre de 1835. Citado por Urquijo (1984: 324).

extensión de la Península podamos consagrar algunas de sus columnas a esta importante controversia»[15]. Pero la dificultad para hacer llegar ejemplares hasta suelo liberal lo impidió en la práctica.

Para romper el bloqueo periodístico al que les sometían las autoridades isabelinas, los carlistas llegaron a plantearse la creación de un periódico en el extranjero, en Bayona (Urquijo, 1984: 320), cerca de la frontera española, y desde allí tratar de influir en la opinión pública del campo enemigo. No obstante, los temores de perder el control sobre la información, les hizo comportarse siempre con mucha reticencia. Así lo pone de manifiesto el rechazo a la oferta de Metternich de enviar un agente que contribuyera en el periódico a tratar las noticias carácter internacional (Urquijo: 1984: 333).

Prensa informativa

Además de cumplir la función de prensa oficial, los carlistas intentaron que las páginas de sus periódicos sirvieran también como vehículo de información para los habitantes de los territorios que mantenían bajo su control. Por eso incorporaron una «Sección no oficial» en la que se recogían artículos e informaciones de diversas procedencias. Mimetizaba de esta forma la estructura de la prensa oficial liberal y de buena parte de los periódicos de su época. En esta sección aparecían artículos tomados de otros periódicos agrupados en epígrafes según correspondieran a «Noticias extranjeras» –*Le Journal des Débats*, *La Gazette du Languedoc, La Sentinelle des Pyrénées, Le Moniteur, Morning Herald, La France, Morning-Cronicle, Le Phare de Bayonne, La Gazette de France, Le Quotidienne, L'Echo de la France, Memorial Bordelais, La Mode, Mémorial des Pyrénées, York Chronicle, La Sentinelle. Journal des intérêts de l'Armée*, *Journal des Pyrenées-Orientales,…*[16]– o a «Noticias de España» –*Gazeta de Madrid, El Eco del Comercio, Memorial de los Pirineos*, *Diario de Valencia, El Nacional, El Vapor, El Patriota, El Novicio, El Mundo, El Correo Nacional, La Paz, La Estafeta, El Correo Mercantil, El Hablador, Diario de Beneficencia, Revista Española, Diario de Zaragoza, El Castellano, El Boletín de San Sebastian, La Correspondencia de España, El Reparador, El Eco de la Razón, El Eco de Aragón, El Correo de los pobres,…*–. Las noticias extranjeras más frecuentes eran las procedentes de Francia, a la que seguían con bastante diferencia Gran Bretaña, Alemania y

15. *Gaceta Oficial*, n.º 19, 29 de diciembre de 1835, p. 90.
16. Sobre el reflejo de la guerra carlista en la prensa francesa, véase Pauquet (2019: 39-70). Para Italia es de interés el artículo de Corno (1993: 7-21). Por su parte, Beltrán (2019: 90-93), da cuenta del tratamiento de las noticias de la guerra en la prensa alemana. Para el caso de los corresponsales en la Primera Guerra Carlista véase la obra coordinada por Bullón de Mendoza y Barreiro (2022).

Austria (Madariaga y Tamayo, 1979: 60). El resto de los países tenían mucha menor presencia, sin perder nunca la perspectiva manifiestamente eurocéntrica. La transcripción de artículos se completaba con todo tipo de informaciones procedentes de corresponsables o simples breves sin identificación de la fuente. El común denominador de esta sección era que todos los textos recogidos servían para ofrecer una imagen favorable de la causa legitimista, reproduciendo artículos que avalaban sus posiciones o que transmitían la idea de que la guerra evolucionaba a favor de los carlistas.

A través de la cita de los periódicos europeos, lo que parecía reforzar la veracidad de la información, el lector podía enterarse de que «Cristina se entrega al partido revolucionario», o de que «Mendizabal ha roto con la política del término medio y ha entregado la usurpación de Madrid en manos de la revolución»[17], de que «en España no hay más que dos poderes, Don Carlos y la revolución democrática»[18] o de que «la deserción de las tropas cristinas se aumenta por momentos»[19]. Otras veces los redactores se complacían calificando las noticias procedentes de Cataluña como «muy satisfactorias» pues «el ejército de Su Majestad en aquel Principado ha tomado un incremento milagroso»[20], o dando cuenta de que en los almacenes de Espartero «no hay un solo vestido para cubrir la triste desnudez el infeliz soldado, ni víveres para alimentarle»[21]. Todas las noticias publicadas tenían una misma orientación, mostrar las «desastrosas consecuencias» que para la causa de la reina tenía cualquier nueva acción de la guerra[22]. «Espartero muy a menudo tiene que mandar que se fusilen soldados de su Ejército por insubordinación y porque se rebelan contra sus jefes»[23]. O que la política liberal evolucionaba de forma caótica y estaba abocada al más completo fracaso: «Desde que Don Carlos llegó a España, el sistema del *justo-medio* principió a vacilar, pero después los sucesos militares lo han hecho no solamente peligroso sino imposible»[24].

Con frecuencia los textos de los otros periódicos eran editados confundiéndose la paráfrasis de artículos con la glosa política e interesada que el redactor hacía de la información. Difícil saber, muchas veces, donde terminaba la cita y en qué punto comenzaba el comentario. En el mejor de los casos aparecía la referencia «Nota del redactor» en los comentarios y otras veces las glosas

17. *Gaceta Oficial*, n.º 2, 30 de octubre de 1835.
18. *Gaceta Oficial*, n.º 2, 30 de octubre de 1835.
19. *Gaceta Oficial*, n.º 4, 6 de noviembre de 1835.
20. *Gaceta Oficial*, n.º 2, 30 de octubre de 1835.
21. *El Restaurador Catalán*, 18 de enero de 1838, n.º 105, p. 419.
22. *El Restaurador Catalán*, 23 de enero de 1838, n.º 107, p. 427.
23. *El Restaurador Catalán*, 23 de enero de 1838, n.º 107, p. 427.
24. *Gaceta Oficial*, n.º 7, 17 de noviembre de 1835, p. 26.

se añadían en nota al pie de la página, pero eran excepciones. Lo que resulta evidente es que los artículos eran seleccionados dependiendo de su capacidad de proyectar sobre el lector una imagen favorable de sus intereses políticos y militares. La publicación sistemática de noticias relativas a la movilización carlista en distintas partes del país y a las grandes expectativas de éxito que tenía la insurrección, transmitían entre los lectores una imagen de solidez, amplitud y posibilidades de triunfo de los rebeldes.

No obstante, el verdadero problema de la sección «noticias» no era el sesgo de las informaciones publicadas, sino que las crónicas de otros periódicos aparecían con demasiado retraso. Aproximadamente un mes más tarde si eran cabeceras de prensa europeas y no menos de quince días si eran nacionales. «Los periódicos que hemos recibido de Madrid, alcanzan hasta el 8», afirmaba un periódico publicado el 24 del mismo mes[25]. Incluso los propios periódicos carlistas, que se publicaban artículos entre sí, ofrecían las noticias con cuatro largas semanas de demora. Imposible con este desfase pretender que sus páginas ofrecieran información sobre acontecimientos de actualidad.

El director de la *Gaceta Oficial* sabía que se decían «perrerías» de ella reprochándole el retraso con que aparecía la información, ya que ni traía «noticias recientes del interior» ni sobre la guerra, pues «se pasan los ocho o más días sin publicar partes de Bilbao y demás líneas». Pero poco podía hacer. Las condiciones para realizar un periódico de información eran muy difíciles y, ni aún queriendo, había forma eficaz de conseguir las noticias. «He trabajado lo increíble para proporcionarme correspondencia de todas partes –confesaba algo desesperado–. He tocado con medio ejército, amigos, parientes, conocidos, y el resultado ninguno. El que más, escribe una carta, y luego se cansa. A mí me sofocan y no sé qué responder. Veo que usted no tiene la culpa porque en la Secretaría de Estado acaso se tendrán tan pocas noticias como yo»[26].

En definitiva, la dimensión informativa de los periódicos carlistas era más aparente que real. Los contenidos de actualidad acompañaban al resto de los artículos como textos que invitaban a la lectura ofreciendo al mismo tiempo una inmersión genérica en temas y acontecimientos del día. Su funcionalidad era más cercana a la de la prensa de los semanarios que a la propia de los diarios que por entonces aparecían en las principales ciudades de la monarquía. No obstante, sabiendo que la lectura de la prensa no era ni individual ni perseguía

25. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 6, 24 de octubre de 1837, p. 23. En el número de 10 de marzo de 1838 *El Restaurador Catalán* confesaba que las noticias que disponían del Cuartel Real «alcanzan hasta el 23 de febrero», n.º 127, p. 505.
26. Citado en Urquijo (1984: 330).

siempre un contacto con lo inmediato, ofrecía al lector una ventana genérica de vaga actualidad llamándole a volcarse cotidianamente en sus páginas a la búsqueda de informaciones de interés.

Entonces, si los periódicos carlistas no llegaron a cumplir con cierta eficacia el papel de prensa oficial del pretendiente, ni tampoco lograron que sus páginas fueran una vía adecuada para mantener informados a sus partidarios de lo que estaba sucediendo en la guerra, ¿por qué los carlistas se esforzaron por editar cabeceras en todos los territorios bajo su control y en mantenerlos activos hasta el final del conflicto? Los periódicos carlistas tuvieron muy claro desde el principio que estaban llamados a desempeñar una función de combate contra la prensa liberal y a consolidar el lecho ideológico sobre el que construir la legitimidad de la causa del pretendiente.

Prensa de combate

El combate contra los periódicos liberales fue uno de los objetivos principales de la prensa carlista. En este frente, los medios del pretendiente contaban con una indudable ventaja: que el territorio carlista era un espacio informativo cerrado en el que las noticias no circulaban libremente. Las autoridades tenían un amplio control sobre la información, lo que les permitía actuar directamente sobre la prensa y, a través de ella, influir en la opinión pública. Eso permitía dar forma a las noticias a la medida de las necesidades sin correr el riesgo de ser desmentido por un competidor. Un observador francés que viajaba incorporado en el cuartel general de Espartero recogió esta idea en uno de sus informes. Refiriéndose a lo que sucedía en el Maestrazgo en materia informativa, durante la fase final del conflicto, cuando Cabrera se obstinaba en resistir a ultranza después de que el frente Norte hubiera sido pacificado, decía:

> «La única fuente de noticias políticas en todos los países sometidos a la autoridad de Cabrera, o a las depredaciones de sus bandas, es el periódico de la junta gubernativa de Mirambel, que se imprime en esta aldea con el título *Boletín de Aragón, Valencia y Murcia*. Este periódico del que he hojeado varios números, encierra las noticias más absurdas y las mentiras más descaradas. Por ejemplo: que las tropas que habían sido engañadas por el traidor Maroto han desertado casi todas y que, en este momento, hay en Navarra un ejército carlista compuesto de 22 batallones; que Su Majestad (el Pretendiente) consideró conveniente entrar en Francia con su familia, pero que dentro de poco debe volver a España a la cabeza de un ejército francés de 50.000 hombres, con el que marchará directamente sobre Madrid; que el general Espartero solo trae consigo, al Bajo Aragón, un reducido cuerpo de 8 o 10 batallones, al haberse visto obligado a dejar el resto en Navarra para enfrentarse al ejército realista. Es con la ayuda de estas mentiras como Cabrera consigue mantener

> la devoción de sus soldados y de los habitantes de las comarcas sometidas a su autoridad»[27].

Los habitantes del territorio carlista contaban con muy pocas posibilidades de formarse una opinión ajustada de lo que estaba pasando a través de la prensa. Controlar la información en el territorio de Cabrera se convirtió en una prioridad. «Cabrera suprimió hace mucho las oficinas de correos en todos los lugares poblados que obedecen a su autoridad –nos ilustra la misma fuente– y en todos aquellos en los que sus bandas pudieron penetrar. Prohibió también, bajo pena de muerte, la lectura de los periódicos y la circulación de noticias políticas que puedan ser contrarias o desfavorables a la causa de la insurrección». Como resultado de este control sobre la información política circulante, construían su idea de la situación y su percepción del estado de la guerra a partir de un ecosistema de referencias cerrado y limitado. El mismo observador, lo denunciaba de esta forma: «Las tropas del ejército de Cabrera y los habitantes de los lugares sujetos a la dominación de este jefe, están en la más completa ignorancia de lo que está pasando en el resto de España y fuera del país, puesto que Cabrera ha prohibido la correspondencia con el exterior bajo pena de muerte. Estas tropas y estos habitantes todavía esperan ver llegar a don Carlos a España, a la cabeza de un numeroso ejército francés, pero empiezan a decir en voz baja que, si estos socorros no llegan pronto, la causa que defienden está perdida y estarán obligados a sucumbir»[28].

La acusación de falsedad, no obstante, era recíproca, pues también los carlistas consideraban que sus enemigos tenían como táctica habitual «publicar hechos inexactos, exagerados y frecuentemente absurdos, encuentros imaginarios, sangrientas derrotas, sosteniendo así las prevenciones políticas del partido», lo que les servía para obtener con la pluma resultados que no habían conseguido en el campo de batalla[29]. «Los pregoneros de las Capitales de Provincia están roncos de tanto anunciar derrotas –denunciaba la *Gaceta* carlista–. Las esquinas y cantones están ya desmoronados por el sin numero de bandos, en que tan estúpidamente se publica la milésima octava derrota dé los Navarros, la muerte de Moreno, la prisión de Villareal, la fuga desastrosa de Guergué et sic de ceteris. También según los muy exactos y veraces perió-

27. Mr. Zaragoza al Ministre des Affaires Étrangères, Alcorisa, 24 de octubre de 1839. Archives Diplomatiques de La Courneuve. Correspondance Politique, Espagne, 795. Traducción de Marie Salgues.
28. Mr. Zaragoza al Ministre des Affaires Étrangères, Zaragoza, 18 de febrero de 1840. Archives Diplomatiques de La Courneuve. Correspondance Politique, Espagne, 801. Traducción de Marie Salgues.
29. «Prospecto de la Gaceta Oficial», p. 2.

dicos liberales desapareció CARLOS V sin que se sepa á dónde ni por dónde fue. Murieron también Sagastibelza y Sarasa. ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Dios los tenga en su santa Gloria»[30]. En el Maestrazgo, las instrucciones de Cabrera para dotarse de un boletín contemplaban la «refutación de las falsedades, y calumnias, con que los Periódicos de Madrid intentan, aunque en vano, desacreditarnos».[31] En él se denunciaban estrategias de desinformación llevadas a cabo por «periodistas del embuste» cuyos dardos se dirigían contra Cabrera siguiendo el principio de que «debe calumniarse al enemigo porque, aunque consiga vindicarse alguna vez, siempre se le pega algo de la calumnia»[32].

Una línea específica de acción de los periódicos carlistas fue la destrucción de la credibilidad de la prensa liberal a la que caracterizaban como un «sistema de fascinación y de mentira»[33] que estaba apoyado en el «arte de mentir»[34]. La revolucionaria era una prensa alucinada[35] escrita por los «periodistas de la secta»[36] cuyas falsedades constituían la prueba más palpable de su débil posición. «Siempre han mentido los patriotas oficial y extra-oficialmente de un modo ridículo y degradante, pero jamás con la impudencia que lo ejecutan ahora. La mentira sigue creciendo en la misma proporción en que crecen sus apuros. Cuando faltan victorias en la tierra, van a buscarse en la luna»[37]. La prensa carlista asumirá la lucha por la opinión pública en los mismos términos que denunciaba y convertirá sus periódicos en un magnífico soporte de propaganda. Lo hará interpretando cualquier noticia a la luz de los intereses carlistas, haciendo un espacio de opinión de lo que en apariencia era simple información. De otro porque se insertarán órdenes y bandos oficiales que tiene por objeto difundir los éxitos del ejército carlista o las medidas destinadas a organizar el territorio.

De hecho, las especiales condiciones en las que se desarrollaba la práctica periodística en los territorios carlistas permitían dar un paso más y aspirar a construir una realidad paralela para consumo de los lectores. Esta realidad se edificaba mediante informaciones y sugerencias que alimentaban las

30. *Gaceta Oficial*, n.º 1, 27 octubre de 1835. Sobre la mentira de los periódicos liberales, n.º 10, 27 de noviembre 1835, p. 41.
31. *Boletín del Real Ejército del Reyno de Aragón*, n.º 1, 20 de agosto de 1836.
32. *Boletín del Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia,* 24 de noviembre de 1838, p. 1. El artículo es una enumeración de los medios puestos para destruir a Cabrera, comenzando por su imagen.
33. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 4, 17 de octubre de 1837, p. 16.
34. *El Restaurador Catalán*, 29 de mayo de 1838, n.º 161, p. 643.
35. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 1, 6 de octubre de 1837, p. 4.
36. *Gaceta Oficial*, n.º 18, 25 de diciembre de 1835, p. 84.
37. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 1, 6 de octubre de 1837, p. 4.

expectativas de los legitimistas. Un día se certificaba el hundimiento del ejército liberal: «el estado del ejército cristino es cada día más deplorable, sus soldados se pasan diariamente a nuestras filas hechos unos miserables, atrasadísimos de pagas y aun de pan, la insubordinación cunde en sus filas, los jefes y oficiales se ven desobedecidos, y a duras penas forman sus batallones para las listas y nombrar el servicio que hacen malísimamente y con disgusto: todo indica que a marchas forzadas se dirige a su disolución»[38]. Otro eran los avances de los ejércitos carlistas los que estaban decidiendo la guerra: «La revolución, dejada a sus propias fuerzas, ve que su ejército se deshace progresivamente, cayendo parte de sus soldados al filo de las espadas de nuestros valientes y abandonando otros un bando que no puede acarrearles más que la afrenta y deshonor. Todas las provincias van sacudiendo con más o menos progresos el yugo tiránico de la revolución, transformando sus países en otras tantas Navarras, y teniendo como circunvalada la capital, esperan la voz del Rey para desalojar a la revolución de sus mayores atrincheramientos. La revolución, encerrada entre paredes, reducido su Ejército a gran miseria, ve desaparecer en estos momentos algunos de sus generales que, desesperando del triunfo, abandonan sus destinos para no prolongar su afrenta hasta el túmulo»[39]. La deserción de los soldados en las filas enemigas era un leitmotiv, casi una sección diaria en *El Restaurador Catalán*. «La deserción de las filas enemigas continúa»[40], podía leerse un día. Otro, que «la deserción de las filas enemigas aumenta»[41]. En la misma línea se decía en la *Gaceta Oficial:* «No podéis imaginar el estado de abatimiento en que hoy se hallan las tropas de Cristina»[42].

Un día tras otro se insistía en la profunda división que aquejaba al bando liberal. «Los hechos lo atestiguan: la revolución ya no puede reconciliarse consigo misma. Se halla dividida en dos facciones principales que con sus propios dientes de despedazan, porque ambas aspiran no menos que al supremo poder para saciar su ambición y su sed ardiente de rapiñas»[43]. Mientras, el entusiasmo no dejaba de crecer en las filas rebeldes. «Vuelven a molestarnos los facciosos en número considerable –decía un supuesto liberal, seguramente apócrifo– y parece que están sacando los mozos del país hasta nuestras puertas. Lo que más alarma es que los jóvenes repugnan servir en el ejército de la Reina, y

38. *El Restaurador Catalán*, 3 de marzo de 1838, n.º 124, p. 496.
39. *El Restaurador Catalán*, 17 de abril de 1838, n.º 143, p. 572.
40. *El Restaurador Catalán*, 17 de abril de 1838, n.º 143, p. 569.
41. *El Restaurador Catalán*, 17 de abril de 1838, n.º 143, p. 569.
42. *Gaceta Oficial*, n.º 4, 6 de noviembre de 1835, p. 14.
43. *El Restaurador Catalán*, 8 de marzo de 1838, n.º 126, p. 502.

van volando y muy contentos a servir en las facciones»[44]. No desatendían el aspecto económico y la dimensión internacional cuando afirmaban que «los fondos cristinos jamás han estado tan bajos en Londres y París»[45]. O que no estaba lejos el día «de una bancarrota, y que se aproxima el momento en que los capitalistas extranjeros, y particularmente los ingleses, palparán la dolorosa convicción del miserable estado de un país empobrecido por la guerra civil»[46]. En definitiva, todo era signo y preludio del hundimiento del liberalismo: «En Barcelona se multiplican los síntomas de agitación. Se teme muy próxima una sublevación general. Las tiendas están cerradas desde el 14. La ciudad va quedando desierta, porque todos los que tienen algo que perder huyen al extranjero o a la montaña del Principado»[47].

En este combate contra la prensa liberal, la verdad no era tan importante como la utilidad del mensaje. Un ejemplo. La *Gazeta Oficial* publica este breve: «Las armas del Rey N.S. han ocupado Alcañiz, en Aragón. Catorce mil valientes a las órdenes de Cabrera y otros jefes permanecían en dicho punto y sus inmediaciones, después de haber hecho 500 prisioneros al ejército rebelde»[48]. Ni Alcañiz, la capital del Bajo Aragón, fue nunca tomada por los carlistas, ni Cabrera estuvo al mando de 14.000 hombres. Pero eso no era relevante para los editores de prensa carlista, porque lo que transmitía a centenares de quilómetros de allí, entre gentes que desconocían donde se encontraba la ciudad del Guadalope, era la confianza de que las armas de Don Carlos avanzaban en todos los frentes y estaban conquistando objetivos importantes. El resultado fue que, número a número, los periódicos carlistas iban contribuyendo a la construcción de un relato que orientaba el ánimo de sus partidarios y generaba en ellos expectativas de éxito. Los triunfos carlistas se suceden, el enemigo tiene dificultades, tanto materiales como organizativas, está debilitado por su división, la religión se encuentra amenazada, los moderados son los responsables de la revolución, el justo medio es una solución inestable… era un tratamiento de la prensa como herramienta de propaganda que anticipa el desarrollo de esta dimensión periodística que no dejará de crecer hasta la actualidad[49].

44. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 4, 17 de octubre de 1837, p. 14.
45. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 132, 8 de enero de 1839, p. 530.
46. *Gaceta Oficial*, n.º 16, 18 de diciembre de 1835, p. 71.
47. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 10, 7 de noviembre de 1837, p. 38.
48. *Gaceta Oficial*, n.º 13, 8 de diciembre de 1835, p. 55.
49. El tema ha sido tratado desde la perspectiva de la prensa por Pauquet (2019: 66) y en términos más generales en el carlismo por Caspistegui (2021).

Prensa ideológica

Además de constituir un dique de contención respecto a la influencia creciente que la prensa liberal estaba teniendo en la sociedad española[50], los periódicos carlistas también se destacaron por realizar una labor ideológica de fondo entre los lectores[51]. En su actividad cotidiana fueron ofreciendo conceptos, ideas, perspectivas que serían utilizadas por los partidarios del pretendiente y difundidas y discutidas en todos los rincones de los territorios bajo su control. Los periódicos debían contribuir así a consolidar una determinada explicación del mundo y de la realidad del momento en consonancia con sus intereses políticos. «Es pues preciso –decía la *Gaceta Oficial* en su prospecto– rebatir tan perniciosas ideas, disipar la ilusión con que se pretende fascinar al pueblo incauto por unos hombres, que llamándose los regeneradores de la España, consuman por todos los medios imaginables la ruina de este país desventurado, y pulverizar los torpes paralogismos con que se pretende extraviar la opinión pública»[52]. Estaba muy claro desde el principio que la prensa carlista tenía como objetivo, no solo disputar con los periódicos liberales, sino también orientar y dar forma a la «opinión pública».

Los periodistas encargados de llevar a cabo esta labor serán, mayoritariamente, eclesiásticos y su impronta se dejará notar ampliamente en los principios que inspiran su actividad. Figuras como la del presbítero Vicenç Pou en *El Restaurador catalán* (Mundet, 1980: 46-47)[53], la de Miguel Sanz y Lafuente, rector de la universidad de Oñate y ordenado sacerdote tras la guerra, que llegaría a auditor de la Rota, dan buena muestra de ello (Madariaga y Tamayo, 1979: 32). El Boletín de Cantavieja fue dirigido en distintas fases por fray Ambrosio Chillida, un dominico exclaustrado de origen castellonense, por el padre Mariano Roquer, de la orden de predicadores, que había sido rector del colegio de Santo Domingo y San Jorge de Tortosa o por Juan Julián Domingo, canónigo doctoral de la catedral de Albarracín (Rújula, 2013a). La responsabilidad de estos mediadores culturales permitió un férreo control sobre los contenidos, tanto al servicio del rey como al de la religión cristiana. No en vano, cuando Cabrera establezca las bases de su administración, pondrá la imprenta bajo responsabilidad de la comisión eclesiástica, cuyos miembros serán los

50. Circular impresa de Ambrosio Chillida, director de la Imprenta, a los pueblos del Maestrazgo fechada en Beceite el 11 de marzo de 1837, se hace referencia a la necesidad de «oponer un dique a este torrente de iniquidad» que suponen el «número exorbitante de impresos» difundidos por el «partido desorganizador».
51. Hemos analizado más detenidamente los contenidos en Rújula (1997: 213-265).
52. «Prospecto de la Gaceta Oficial», p. 2.
53. Sobre Vicente Pou, véase también, Miguel López (1994: 62-67).

encargados de inspeccionar «todos los papeles que hayan de circular cuidando no se manchen en lo más mínimo, ni el dogma y artículos de la Religión Santa que felizmente profesamos, ni el honor de las armas del Rey N. S. don Carlos V (Q.D.G), ni menos que algún concepto perjudique el progreso de la Santa Causa que defendemos»[54]. Este control estuvo reforzado en los territorios del norte por la actividad de censores que supervisaban con carácter previo los textos publicados (Urquijo, 1980: 325). No obstante, es importante señalar que la credibilidad de las noticias no solo se asentaba sobre informaciones de naturaleza periodística, sino existían otro tipo de actores –clero, jauntxos y notables locales– cuyo estatus y prestigio social otorgaban un refuerzo de veracidad a los hechos que aparecían en los periódicos[55].

Los periódicos exacerbaron la dimensión dramática de la guerra civil orientando la mirada de los lectores hacia los riesgos que comportaba el triunfo del liberalismo: «todo cuanto hay de más caro en este mundo para el español verdaderamente religioso y realista. Religión, Rey, Patria, instituciones, hábitos, el sosiego de los pueblos, la unión y moralidad de las familias, la sana educación de los hijos, la vejez tranquila de los padres, la seguridad de los ricos, la mejor condición de los pobres, la restauración, en una palabra, de los principios sociales monstruosamente trocados, todo está pendiente de la victoria»[56]. En aras de la defensa de esos «principios sociales» los periódicos concentraron su labor ideológica en tres direcciones básicas: la defensa de la religión, la denuncia de la amenaza revolucionaria y la justificación de la guerra.

La defensa de la religión se apoyaba en una argumentación de estirpe barrueliana según la cual los ataques a la Iglesia eran la primera fase del asalto revolucionario contra la monarquía. «El estilo de nuestros escritores –denunciaba la *Gaceta Oficial*– es el mismo que adoptó en otro tiempo la Francia revolucionaria para derrocar la Religión y desvanecer el saludable prestigio que sobre los pueblos ejercía la autoridad de los Reyes. El ridículo, el sarcasmo y la torpe bufonada fueron el artificio funesto, con que se pretendió envilecer lo más sagrado y respetable que ha puesto dios sobre la tierra. Furiosas declamaciones, epítetos injuriosos, dictados por el desarreglo de la fantasía y reprensible furor, que inspira el espíritu de la revolución, sirvieron a la vez para atolondrar a los incautos»[57]. El triunfo de la revolución traería el infierno liberal. «No era necesario ser profeta para presagiar las escenas sangrientas y

54. *La Cenia*, 17 de abril de 1837.
55. Sobre este aspecto véase Agirreazkuenaga (1990b: 213-222; 1990a: 180). Vid. también Bermejo Bangas (2022).
56. *El Restaurador Catalán*, 27 de enero de 1838, n.º 109, p. 501.
57. *Gaceta Oficial*, n.º 4, 6 de noviembre de 1835, p. 15.

días de horror a que nos iba conduciendo la revolución y el ateísmo desde el momento fatal en que la incauta viuda de Fernando empuñó las riendas del gobierno. Periódicos incendiarios, frenéticos demagogos, atrevidos oradores y una tendencia conocidamente democrática hicieron presentir, que el feroz filosofismo y la anarquía iban desgraciadamente a asolar esta Nación desventurada». Después se desencadenaría la acción política contra la Iglesia, «la persecución atroz de los ministros del Santuario, la depredación sacrílega de los templos y el desarrollo del germen fatal que ha producido tal confusión y desorden»[58]. En definitiva la construcción de «una sociedad de codiciosos comerciantes que especulan sobre torrentes de sangre atizando la guerra civil y despojando a dios de su culto y santuario, y la Iglesia de los bienes que le consagró la piedad de nuestros padres»[59].

Frente a ella el lector recibía una imagen de la sociedad defendida por el carlismo en términos de oposición:

> «elegid entre un Rey legítimo, que os da Dios, la ley y la costumbre; y una niña, que colocó al frente de vuestros destinos la sangrienta revolución, sin más derechos que la fuerza, la intriga y los amaños; elegid entre un gobierno benéfico, pero que sepa hacerse respetar, que comprima la licencia, que haga cesar de una vez los desórdenes y tumultos, y que libre a la España de las sangrientas garras de la anarquía, encadenando este monstruo con prisiones de diamante; y un gobierno tímido, insubsistente, débil e irresoluto, que transige con el desenfreno, y que carece de la entereza necesaria para salvar las leyes y la patria. Elegid entre un gobierno, que mantenga en su mayor esplendor la Religión de vuestros padres, que proteja la moral pública, y reprima los excesos del atolondramiento y el furor; y un gobierno, que mira a la Religión con una indiferencia sacrílega, que destruye los templos, subvierte los altares, confina los ministros, autoriza el incendio de los monasterios, descuida de la moral de los pueblos, y se humilla ante la exigente y furibunda multitud. Elegid por último entre la paz, y la guerra civil interminable; entre el imperio de un Monarca accesible y piadoso, y el reinado de la plebe, y el furor de los partidos»[60].

La magnitud de la amenaza exigía una reacción y permitía, a continuación, justificar la guerra: «¿Parecería justo que una nación tan católica como la española, viendo que se le arrebata la Religión y el Trono legítimo, permaneciera fría espectadora de tantos crímenes, teniendo presente el ejemplo de Jesucristo, que dio al Cesar lo que era suyo, y tan celoso se mostró de su casa santa?»[61].

58. *Gaceta Oficial*, 27 de octubre de 1835, n.º 1, p. 4.
59. *Gaceta Oficial*, 27 de octubre de 1835, n.º 1, p. 4.
60. *Gaceta Oficial*, n.º 19, 29 de diciembre de 1835, p. 89.
61. *El Restaurador Catalán*, 14 de abril de 1838, n.º 142, p. 566.

Y cuando podía abrirse un espacio para la transacción, tanto en políticas de justo medio como ante la posibilidad de un final pactado, el radicalismo legitimista defendía la intransigencia y la pureza de los principios e instruía en las conductas contrarias al final pactado de la guerra: «no hay unión, no hay transacción de la luz con las tinieblas, de la verdad con la mentira, del principio religioso y monárquico con la impiedad revolucionaria: la más pequeña mezcla de esta bastaría para corromper nuestra restauración»[62]. Son las consecuencias de tener como enemigo a «una secta tenebrosa desorganizadora y regicida» que ha trabajado en secreto «pero con celo infatigable para excluir del Trono español a un Príncipe cuya rectitud temía»[63]. Imposible transigir o pactar cuando «el objetivo de las revoluciones es destruir, aniquilar, agotar todos los recursos nacionales, preparar y provocar las guerras civiles, y por decirlo de una vez, trastornar el orden social y abismar las naciones en la confusión y la anarquía»[64].

Así, denunciando «los planes de la impiedad y el ateísmo» y la «desmoralización de este siglo infausto»[65] los periódicos carlistas iban realizando su objetivo de asentar las bases del modelo político carlista que se dibujaba en estos términos: «Cuando consolidado en todo el Reyno el gobierno del sucesor de S. Fernando, nuestro adorado Rey D. Carlos, se reunirán todos los españoles en rededor del Trono, para respetar y observar de consuno la Religión de sus Padres. Un Dios y un Rey será su divisa brillante. Y con tal uniformidad de sentimientos disfrutaremos de una duradera paz, tendremos otra vez una Nación compacta y entonces esta Nación podrá con propiedad llamarse *España*»[66]. En definitiva, el triunfo del carlismo supondría el retorno al orden después de años de influencia de otros idearios ajenos a la tradición hispana. «La nación conoce en general sus verdaderos intereses, que son los del orden y la monarquía, y hasta los ilusos que han seguido otra bandera, volverán necesariamente del delirio que los despedaza, y desearán que se aplique a sus males el infalible antídoto que realmente les conviene: entregarán a las llamas el libro de esa terapéutica infausta, cuyos remedios se confeccionaron para las dolencias de otras naciones y climas, y no para las que como España llevan un carácter particular y son acompañados de síntomas muy diversos»[67].

62. *El Restaurador Catalán*, 1 de febrero de 1838, n.º 111442, p. 427.
63. *Gaceta Oficial*, n.º 19, 29 de diciembre de 1835, p. 90.
64. *Gaceta Oficial*, n.º 8, 20 de noviembre de 1835, p. 30.
65. *Gaceta Oficial*, n.º 7, 17 de noviembre de 1835, p. 28.
66. *El Restaurador Catalán*, 25 de enero de 1838, n.º 108, p. 430.
67. *Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas*, n.º 132, 8 de enero de 1839, p. 538.

Conclusión: ¿opinión pública carlista?

Con demasiada frecuencia se ha confundido en el estudio del carlismo los principios que defendía este movimiento contrarrevolucionario con las técnicas empleadas para conseguir el triunfo de sus ideas. Esta confusión ha llevado a desentenderse de los aspectos más ligados a la comunicación y, en particular, a los esfuerzos realizados desde el primer momento por controlar la opinión pública, especialmente en el ámbito territorial donde llevaban a cabo sus acciones militares, reclutaban a sus soldados, extraían sus impuestos y precisaban de la obediencia de los habitantes.

El análisis de los periódicos carlistas desde la perspectiva de la comunicación pone de manifiesto que los partidarios de don Carlos se esforzaron desde el primer momento en dotarse de órganos de prensa para transmitir una impronta institucional sobre los territorios que dominaban. Así mismo, los periódicos sirvieron para elaborar un relato propio de los hechos que estaban teniendo lugar en el contexto de la guerra civil. Disponer de la posibilidad de construir cotidianamente la lógica de aquel conflicto que obligaba de continuo, a los combatientes y a los habitantes, a realizar esfuerzos derivados de su adhesión o sumisión al bando rebelde, era una herramienta a la que no estaban dispuestos a renunciar. Y eso por encima de cualquier consideración acerca de los perniciosos efectos de la imprenta. Porque la imprenta no había sido un obstáculo para la reproducción del sistema de valores del Antiguo Régimen mientras estuvo bajo control de las instituciones eclesiásticas. Era a la libertad de imprenta y no a la imprenta misma a la que tenían temor y la que explicaba su rechazo al espacio público propiciado por el liberalismo como lugar de construcción de la opinión.

Evidentemente la prensa carlista no jugó con las reglas del liberalismo en materia de libertad de expresión. Ni lo pretendió nunca, ni lo habría permitido. Su oposición a la libertad de imprenta y a sus consecuencias era conocida y manifiesta. Formaba parte de su propia concepción de la autoridad y de la ortodoxia ideológica. Pero eso no le impidió prestar una especial atención al clima de opinión que reinaba en los ámbitos donde ejercía influencia y utilizar en ellos instrumentos de comunicación como los periódicos, especialmente eficaces en la tarea de transmisión de mensajes, en el combate de informaciones y opiniones contrarias o en la construcción de un repertorio de ideas favorable a los intereses de la causa del pretendiente.

A esta tradicional actitud de desconfianza hacia la libertad de imprenta y a favor del control de la información, debe añadirse un factor coyuntural que resulta definitivo en la definición de la primera prensa carlista: la guerra. La información, en el contexto del conflicto civil, se convirtió en un arma muy

valiosa al servicio de los combatientes. Es aquí donde se refuerza el interés de los carlistas por la opinión pública. Como un activo fundamental en el desarrollo de la guerra, la opinión pública no podía dejarse al albur de sus propias evoluciones y por ello se implementaron todo tipo de herramientas que permitieran moldearla, dominarla y orientarla. Son conocidos los mecanismos de los que se valió el carlismo para cohesionar el estado de opinión y combatir la disidencia en su campo político, desde los sistemas de control policial, hasta las modalidades de reclutamiento forzado, pasando por la utilización del púlpito o la coerción de que eran objeto los habitantes de los territorios en conflicto. La prensa contribuyó a construir, si no la unanimidad, por lo menos la aceptación que perseguían las autoridades carlistas. A través de ella pudieron dar forma y consolidar un relato partidario tanto del momento que estaba viviendo el país en medio del conflicto, como de la batalla crucial que los legitimistas de don Carlos estaban librando contra los partidarios de la revolución.

Bibliografía

AGIRREAZKUENAGA, Joseba (1990a). Algunes puntualitzacions sobre la insurrecció carlina al País Basc: l'actitud dels notables rurals. En J.M. FRADERA, J. MILLÁN y R. GARRABOU (eds.), *Carlisme i moviments absolutistes* (169-186). Vic: Eumo.

AGIRREAZKUENAGA, Joseba (1990b). La vía armada como método de intervención política: análisis del pronunciamiento carlista (1833). En Joseba AGIRREAZKUENAGA y José Ramón URQUIJO GOITIA (eds.), *150 años del Convenio de Bergara y de la ley del 25-X-1939* (213-222). Vitoria: Parlamento Vasco.

AZCONA, José María (1946). *Zumalacárregui. Fuentes históricas*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

BELTRÁN, Milagros (2019). Una aproximación empírica-descriptiva sobre la prensa de lengua alemana y sobre sus redactores-corresponsales en el contexto de la Primera Guerra Carlista. *Aportes*, *100/2*, 71-98.

BERMEJO BANGAS, Daniel (2022). *La caída de una clase política. Los reformistas vascos en la crisis del Antiguo Régimen (1764-1814)*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

BOVÉR, J.M. (1864). Bibliografía carlista. *Boletín bibliográfico español*, *t. V*, 115-120.

BULLÓN DE MENDOZA (1991) Alfonso, La Imprenta Carlista, 1833-1840. En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* (77-99). Madrid: Rialp.

BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y PARDO SAN GIL, Juan (2004). La imprenta carlista. En Alfonso BULLÓN DE MENDOZA y Juan PARDO SAN GIL (comp.), *Las guerras carlistas* (267-274). Madrid: Ministerio de Cultura.

BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y BARREIRO, Cristina (2022). *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Madrid: Dykinson. https://doi.org/10.2307/j.ctv2zp4w05

CLEMENTE, Josep Carles (1992). *Historia general del Carlismo*. Madrid: Servigrafint S.A.

CÓRDOBA, Buenaventura de (1844). *Vida militar y política de Cabrera*. Madrid: Imprenta y Fundición, de don E. Aguado.

CORNO, Nicola del (1993). Don Carlos e in 'nuovi mori'. La prima guerra carlista nella pubblicistica reazionaria italiana dell'epoca. *Spagna Contemporanea, 3*, 7-21.

DEL BURGO, Ignacio (1978). *Fuentes para la historia de España. Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas. Luchas políticas*. Pamplona: Imprenta de Navarra.

ESPARZA, Eladio (1941). Notas sobre el antecedente histórico de la ley de 1841. *Príncipe de Viana, 4*, 84-106.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (1990). Prensa y periodismo en Guipúzcoa hasta mediados del Siglo XIX. El despertar de la opinión pública. En *Museo Tomás Zumalacárregui. Estudios Históricos*, *1*, 233-275.

FERRER, Melchor, TEJERA, Domingo y ACEDO, José F. (1946). *Historia del Tradicionalismo español. Tomo VIII. González Moreno en el Norte (desde el levantamiento del primer sito de Bilbao a fin de Diciembre de 1835)*. Sevilla: Ediciones Trajano.

FLAVIO, Conde (1870). *Historia de don Ramón Cabrera*. Madrid: Establecimiento tipográfico-editorial de G. Estrada, 2 t.

GÓMEZ APARICIO, Pedro (1967). *Historia del periodismo español. Desde la «Gaceta de Madrid» (1661) hasta el destronamiento de Isabel II*. Madrid: Editora Nacional.

LARRIBA, Elisabel (2020). Traslado y cambio de nombre: cuando la *Gaceta* (constitucional) *de Madrid* se transformó en *Gaceta Española* (abril-octubre de 1823). *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo, 26*, 627-640. https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2020.i26.30

LARRIBA, Elisabel (2021). Las fuentes de la *Gaceta Española* (abril-octubre 1823), la gaceta de un gobierno itinerante y sitiado. *El argonauta español, 18*. http://journals.openedition.org/argonauta/5369. https://doi.org/10.4000/argonauta.5369

MADARIAGA ORBEA, Juan José y TAMAYO ERRAZQUIN, José Ángel (1979). *Prensa oficial carlista en el contexto de la primera guerra: «Gaceta Oficial» y «Boletín de Navarra y la Provincias Vascongadas» (1835-1839)*. Trabajo mecanografiado.

MADARIAGA ORBEA, Juan José y TAMAYO ERRAZQUIN, José Àngel (1981). Una lectura de la Primera Guerra Carlista: los editoriales de la *Gaceta Oficial* y el *Boletín de Navarra y las Provincias Vascongadas*. *Hispania, 41*, 641-670.

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (com.) (2018). *Cuatro siglos de noticias en cien años. Hemeroteca Municipal.* Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

MIGUEL LÓPEZ, Raimundo de (1994). El pensamiento político del primer carlismo. *Aportes, 26*, 62-67.

MUNDET GIFRE, Josep M.ª (1980). *«El Restaurador Catalán» i la 1.ª guerra carlina.* Barcelona: Rafael Dalmau editor.

NAVARRO CABANES, José (1917). *Apuntes bibliográficos de la prensa carlista.* Valencia: Sanchiz, Torres y Sanchis.

PAUQUET, Alain (2019). *Le Phare de Bayonne*, un journal frontalier fase à la prmière guerre carliste (noviembre 1834-mai 1836). *Aportes, 100*, 39-70;

RUBIO, María Cruz y TALAVERA, María (2007). *BIHES. Bibliografías de Historia de España. N.º 13 El carlismo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

RÚJULA, Pedro (1997). El soporte ideológico de la insurrección carlista. *Hispania, LVIII/1, 195*, 213-265. https://doi.org/10.3989/hispania.1997.v57.i195.702

RÚJULA, Pedro (2000). Vías de difusión de la ideología carlista en la primera guerra. *Millars, XXIII*, 115-135,

RÚJULA, Pedro (2013a). Journalisme militaire pendant la première guerre carliste: le Boletin del Real Ejército de Aragón, Valencia y Murcia. *El Argonauta español, 10*, https://journals.openedition.org/argonauta/1819 https://doi.org/10.4000/argonauta.1819

RÚJULA, Pedro (2013b). La voix des rebelles. La presse carliste pendant la première guerre (1833-1840). *El Argonauta español, 9*, https://journals.openedition.org/argonauta/1374 https://doi.org/10.4000/argonauta.1374

SEOANE, María Cruz (1983). *Historia del Periodismo en España. 2. El siglo XIX.* Madrid: Alianza Editorial.

URQUIJO, José Ramón (1983). Prensa carlista durante la primera guerra (1833-1840). En *La Prensa en la Revolución Liberal* (319-336). Madrid: Universidad Complutense.